

# Nuevos archivos secretos de Sherlock Holmes

Edición de David Felipe Arranz

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Nuevos misterios resueltos por un Holmes apócrifo  
publicados en vida de Conan Doyle





# Nuevos archivos secretos de Sherlock Holmes

Grandes Clásicos

Anónimo

# Nuevos archivos secretos de Sherlock Holmes

Edición e introducción de David Felipe Arranz



Primera edición: febrero de 2021

© de la introducción y de la edición: David Felipe Arranz, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021  
c/ Flamenco, 26 - 28231- Las Rozas (Madrid)

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)

IBIC: FC

ISBN: 978-84-122371-3-9  
Dep. Legal: M-29016-2020

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *The fiddle* © Flavia Damiano, 2021

© de las ilustraciones: herederos de Alfred Roloff, 2021

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofás

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

# EL HERMANO ALEMÁN DE SHERLOCK HOLMES

*(introducción)*

Tras la favorable acogida de los lectores de los *Archivos secretos de Sherlock Holmes*, damos a la imprenta cuatro entregas más de estos *Nuevos archivos secretos de Sherlock Holmes*. El debate sigue abierto, y durante este año hemos recibido muchos mensajes de los seguidores del canon holmesiano que nos invitaban a continuar en esta labor de selección y revisión de materiales, el estímulo suficiente para seguir dando a conocer las andanzas del Holmes apócrifo y alemán, el «hermano» bastardo del más famoso de los detectives.

Sobre las andanzas literarias de carácter apócrifo del polaco Kurt Matull y del alemán Matthias Blank, autores de los pastiches de *El detective Sherlock Holmes y sus más famosas aventuras*, aún planea el interrogante de la actitud del creador de Holmes, Arthur Conan Doyle: la ausencia de una respuesta contundente por su parte —o, como mínimo, de una eficaz restricción de la actividad de sus imitadores— sigue sorprendiendo. En nuestra indagación hemos ido descubriendo que a la décima entrega semanal

de estos relatos, Robert Lutz, el agente literario de Conan Doyle en Alemania, se comunicó finalmente con la editorial responsable de los anónimos pastiches, Verlagshaus Für Volksliteratur Und Kunst, para pedirles que retirasen el nombre de Sherlock Holmes solo del título en la cubierta de las novelas, mientras que consentía en que el investigador siguiese llamándose igual que el original en el desarrollo del relato. En Francia ocurrió lo mismo, solo que la orden de retirar el nombre de Holmes de la cubierta se dio antes, en la cuarta entrega, en noviembre de 1907: de nuevo, en el interior, Holmes siguió llamándose Holmes sin que eso alterara el curso de las impresiones y de la escritura del resto de las entregas (hasta dieciséis).

Corría el año de 1907 y el Berlín del káiser Guillermo II, el último rey de Prusia, se había convertido en el crisol de la *Kultur* alemana, un escenario abigarrado en el que concurrían toda suerte de arribistas y estafadores, aristócratas prusianos, falsos profetas, reyes de la elocuencia y demagogos fáusticos, portadores de la máscara de eruditos y genios de la literatura. Carl Schmitt, en su escrito autobiográfico *Berlín, 1907*, señaló ese año como el fin del romanticismo de ascendente goethiano y el nacimiento del individualismo más desatado, libre de los corsés morales y esencialmente utilitarista y pragmático. En la Universidad triunfaba el nihilismo de Nietzsche, y la literatura popular y, en concreto, estas ediciones baratas ofrecían una vía alternativa para la evasión, que devolvía a los estudiantes y a las amas de casa a los mundos anglosajones de la gran narrativa, aparte de volúmenes como *Una naturaleza fáustica*, de Josef Kohler, uno de los libros de moda de ese año. La idea era el esbozo del hombre moderno alemán a través del pensamiento, y los apócrifos holmesianos ofrecieron un soplo de aire fresco y evasivo a tanta sobreexposición intelectual germana.



El fenómeno editorial se extendió por toda Europa y más de una quincena de países del continente adaptaron estas aventuras e incluso perfeccionaron sus variaciones holmesianas más o menos creativas: Austria, Bélgica, Francia, Croacia, Eslovaquia, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Suecia, Hungría, Italia, Holanda, Noruega, Suecia, Polonia, Portugal —desde donde salían hacia Brasil— y España, también distribuidora para México y Chile. Y fuera de las fronteras europeas, las hazañas apócrifas del detective viajaron hasta Armenia, Rusia y el antiguo Imperio otomano.

El mencionado caso francés de estos archivos secretos es significativo: su título inicial fue el de *Les Dossiers secrets de Sherlock Holmes*, que hubieron de cambiar después de las primeras entregas, al igual que los editores berlineses, por *Les Dossiers secrets du roi des détectives*. El etnomusicólogo, editor y compositor Gérard Dôle, en *Les Exploits de Harry Dickson: Nouvelles fantastiques* (1996) apunta efectivamente a Kurt Matull, Theo von Blankensee (seudónimo de Matthias Blank) y Friedrich A. Seyffert como los prolíficos y anónimos escritores que produjeron —nunca mejor dicho— estos relatos en gran cantidad. Por su parte, Yves Varende, seudónimo de Thierry Martens (1942-2011), también apuntó a esta coautoría en la creación del hermano bastardo de Holmes, y sabía de lo que hablaba, pues fue uno de los refundidores y continuadores de las peripecias de Lord Lister, la versión germana de Arthur J. Raffles, el ladrón de guante blanco creado en 1898 por E. W. Hornung —el cuñado de Conan Doyle—, y también «adaptada» en el Berlín de 1908 por Matull y Blank para las mismas editoriales populares, muy dadas al filibusterismo de personajes ajenos. Por su parte, el periodista y escritor parisino Phillipe Mellot corrobora esta atribución en *Les Maîtres du mystère: de Nick Carter à Sherlock Holmes. 1907-1914* (1997).

El pastiche holmesiano tomó cuerpo también en la Francia de 1907 de la mano de las traducciones de Fernand Laven, representante de la editora berlinesa en el país galo, y de Arnould Galopin (1863-1934), folletinista que remozó el personaje de Doyle y lo reconvirtió en Allan Dickson, el detective australiano protagonista de *La Ténébreuse affaire de Green-Park*, llevándolo por derroteros holmesianos menos evidentes y que no hiciesen peligrar sus ediciones: *Ténébras* (1907), *Les Aventures d'un petit explorateur* (1924) o *Les Aventures d'un écolier parisien* (1933), sin duda se inspiraron en el detective y en el modelo exitoso y ventajista puesto en marcha por Matull y Blank. Y allí donde Galopin dejó perfilado a Allan Dickson entraron guionistas y gentes del primitivo cine galo, como Max Dearly o René Plaissetty, pioneros del séptimo arte que vieron un negocio próspero en las entregas de estas aventuras. De hecho, Plaissetty rodó en 1913 un folletón en seis bobinas que llevaba por título *Les Aventures d'Harry Dickson*, que se inspira en las colecciones germanas y francesas, y que bautiza de esta forma a su detective, inspirándose en el ayudante Harry Taxon y tomando su nombre de dos cantantes de moda: el tenor Henry Dickson y el intérprete de cine con piano Harry Fragson, en aquel tiempo en que se contrataba a recitadores o cantantes de intertítulos. Plaissetty contrató a Fragson, que dio así con la encarnadura holmesiana que aquellos empresarios del primitivo celuloide necesitaban para darle realismo y verosimilitud a sus historias, y un toque más humano. Fijémonos también en la estrecha relación del viajero Matull con el teatro y el cine, y de Blank con el mundo editorial, su capacidad de reciclar materiales para el editor I. D. Sytin o de inventarse exitosos detectives como el neoyorquino Luther Frank o la investigadora estadounidense Harriet Bolton-Reid.

En total, de la serie «original» berlinesa se publicaron doscientas treinta entregas entre 1907 y 1912, cuyo título volvió a cambiar en el número 176 y ya hasta el final de las entregas por *De los archivos secretos del detective mundial*. El pintor de batallas y escenas ecuestres Alfred Roloff —padre de la cineasta Margarethe von Trotta— ilustró hasta el número 125. Este segundo volumen que presentamos contiene, en esta ocasión, y por orden de publicación en su momento, «La desaparición de un novio», «La trampa del viejo edificio», «El tesoro del negrero» y «Las joyas sangrientas», que, publicados por F. Granada y Cía, vieron la luz en España el 17, 24 y 31 de diciembre de 1909 y el 7 de enero de 1910, respectivamente, cuando la Guerra de Melilla tocaba ya a su fin. Hacia 1927 la serie se renovó en Francia y en otros países, buscando siempre sorprender a los lectores con nuevas aventuras, y en España esta «holmesmanía» apócrifa dio sus frutos en tres series seguidas —entre 1909 y 1911, impresas primero por la mencionada F. Granada y Cía, convertida después en Atlante en 1910—, y dio un salto hasta 1949, cuando ediciones Povi, también barcelonesa, publicó diez entregas en una cuarta y última colección, cuyo precio inicial fue de una peseta y terminó costando una peseta con setenta y cinco céntimos.

No son, como algunos ya se han apresurado a señalar, las aventuras escritas por Doyle, pues carecen efectivamente de su calidad literaria; este Holmes no tiene su pasión por la ciencia ni su rigor deductivo. Pero es más empático y desarrolla un sentimiento paternalista hacia su joven ayudante Harry Taxon. No es nuestra intención con estas novelitas la de remozarlas para ponerlas a competir con las capacidades sobrehumanas del inmortal sabueso del 221B de Baker Street. Pero a Matull y Blank hay que verlos en su contexto, devolverles su personalidad, la firma que ellos mismos se

negaron en vida. Creemos que sí representan un universo editorial de carácter popular que merece la pena recuperarse, además de ofrecernos un panorama del mundo siempre sorprendente y novelesco de las imitaciones, máxime el del arranque del siglo xx, la centuria bélica en cuya primera mitad se perdió el rastro de estos dos prolíficos pícaros que, quién podría negarlo, manejaban la pluma mejor que muchos colegas de su tiempo... y del nuestro.

DAVID FELIPE ARRANZ

En Valladolid, a 3 de noviembre de 2020

Nuevos archivos secretos de Sherlock Holmes



# LA DESAPARICIÓN DE UN NOVIO

## LA NOVIA DESESPERADA

—De veras, mi buen Burns, no tengo nada que encargarle a usted.

—¡Imposible! —replicó un hombrecillo feo y de fisonomía jovial—. No puedo creer que Sherlock Holmes, el detective más diligente de Inglaterra, tenga un solo momento de descanso.

—Y, sin embargo, digo la verdad —afirmó Holmes, adoptando una postura más cómoda en el sillón—. Hasta me viene la idea de retirarme completamente de los negocios.

El interlocutor soltó una carcajada.

—¡Quia! —exclamó—. No podría creerlo hasta que lo viera a usted en su lecho mortuario. ¡Si usted no puede dominarse! Desgarrar la sombría trama en que se desarrollan los crímenes; cazar al criminal una vez descubierto; el peligro, la ambición..., todo esto es más fuerte que usted.

El detective iba a responder, cuando Harry, su ayudante, entró para anunciar la visita de una dama.

—No quiero ser molesto —dijo Burns, el encargado de una oficina de detectives que colaboraba con Sherlock Holmes—. He ahí un asunto importante, sin duda, que se presenta. Le ruego que se ponga en contacto conmigo si hay ocasión oportuna...

Después, se eclipsó discretamente por una puerta lateral. A una señal del detective, Harry abrió la otra puerta. Entró una dama, y, bajo un velo espeso, el detective pudo apenas distinguir sus facciones.

—¿Es usted el señor Holmes? —preguntó la desconocida con voz temblorosa.

El detective se inclinó y acercó una silla.

—¿En qué puedo servirla, señora?

Con rápido ademán, esta levantó el velo.

Sherlock Holmes vio un rostro joven, hermosísimo, con grandes ojos negros, en los que se notaban huellas de lágrimas recientes.

—Usted me ayudará, ¿verdad, señor Holmes? —dijo la desconocida, cogiendo las manos del detective—. ¡Oh! ¡Usted me devolverá mi tranquilidad! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

Y las lágrimas, hasta entonces reprimidas, corrieron a raudales sobre las pálidas mejillas.

—Anímese, señora —dijo el detective con tono compasivo—, y confíe en que pondré a su servicio todo mi poder y toda mi energía. Pero, antes, tranquilícese para exponerme claramente el asunto.

La desconocida se enjugó las lágrimas y sacó una carta del bolsillo.

—Lea usted —dijo a Holmes.

La carta estaba redactada en los siguientes términos:



*Mi querida Edith:*

*Perdóname si no vuelvo tan pronto como deseo. Me ha ocurrido un accidente que me obliga a permanecer aquí algunas semanas más.*

*Adiós.*

*Tu desolado,  
Robert Norton*

—Y ahora lea usted esta otra... —dijo la joven.

*Mi querida Edith:*

*Ya he esperado bastante y, después de cuatro años de ausencia, vuelvo al fin con una buena fortuna y maduro por la experiencia. He reunido todos mis haberes y parto para Inglaterra en el próximo paquebote. Mi felicidad es inconcebible. ¡Qué dichoso seré cuando seas mía! Prepara todo para que el matrimonio se celebre lo antes posible.*

*Hasta pronto.*

*Tu dichoso,  
Robert Norton*

Holmes leyó atentamente estas líneas.

—Esas dos cartas contradictorias no tienen por sí mismas nada que me llame la atención, a menos que me dé usted una explicación —dijo, fijando la mirada penetrante en la joven, ya relativamente tranquila.

—Como usted habrá comprendido, Robert Norton es mi prometido. Tenía apenas diecisiete años cuando nos comprometimos. Mi tutor no quiso dar su consentimiento al matrimonio, fundándose en mi juventud y en que no consideraba a Robert bastante maduro para formar una familia. Mi novio, que no era rico, partió para América, con objeto de ganar allí lo suficiente para ser

independiente de mi tutor y de mi fortuna, que administraba este. Yo vivía en Londres, en compañía de una familiar mía.

La joven se interrumpió, como si hubiera de vencer una pena superior.

—Nuestra separación ha durado cuatro años —continuó—. En principio, iban a ser dos años, pero Robert no podía, según escribió, suspender los negocios en el estado en que se hallaban.

—Sin embargo, es de suponer que habrá correspondido frecuentemente con usted —dijo el detective.

—No muy frecuentemente —respondió la joven—. A veces temía que me olvidara, pero sus cartas me infundían siempre seguridad y me permitían contar con la seguridad de su regreso. Sin embargo, vea usted las cartas que he recibido.

—¿El mismo día? —preguntó Holmes vivamente interesado.

—A la misma hora. Las dos cartas han sido echadas al correo el mismo día.

El detective se dirigió rápidamente a la ventana para examinar a la luz los dos documentos. Al desdoblarlos, cayó al suelo un recorte de periódico.

—Un fragmento de jeroglífico, probablemente. ¿No lo había usted notado antes?

La joven miraba con los grandes ojos llenos de sorpresa el pedazo de papel.

—No —dijo—, no había visto más que las cartas; me hallaba tan quebrantada y abatida que no pude ver si había alguna cosa más.

Holmes colocó con cuidado los dos papeles, uno sobre otro, e hizo coincidir las líneas y después las palabras; su rostro se iba volviendo grave a medida que iba examinando los caracteres de la escritura.

La joven lo observaba con ansiedad. Por último, Holmes se giró hacia ella y preguntó:

—¿Qué piensa usted de esta extraña historia?

—¡Dios mío! —exclamó tímidamente la joven—. No sé qué pensar de ello. Quizá no pueda Robert volver a Inglaterra; quién sabe si ha sido víctima de un accidente. En todo caso, una espantosa duda me atormenta noche y día.

—¿Cree usted que las dos cartas son de él?

—Yo me he esforzado por creerlo, pero hoy he sentido miedo de repente; no sé por qué, y ese temor me ha impulsado a venir a consultarle a usted.

Holmes la miraba atentamente.

—¿Ha enseñado usted a alguien las cartas de su prometido? —preguntó con tono grave.

—¡Jamás!

—¿Han tenido otras personas noticias del regreso del señor Norton?

—Únicamente mi tutor y... —la joven vaciló un momento— su hijo. ¿Pero por qué de repente este aire tan grave?

—Porque un tunante muy peligroso se ha metido en el asunto —respondió el detective.

Edith lanzó un grito de espanto.

—Tranquilícese, señorita —dijo Holmes—. Hemos de recurrir a toda nuestra fuerza de voluntad, porque cuento únicamente con usted para el descubrimiento del criminal.

—¡Un criminal! ¡Se trata, pues, de un crimen cometido en la persona de mi prometido! ¡Oh, Dios mío, qué desgraciada soy! ¡Seguramente habrá muerto ya, porque todos los vapores que salen de Nueva York el día en que está fechada la carta han llegado hace ya algunas semanas, y hasta el presente no he recibido de él noticia alguna!

—Hay que esperarlo todo. Tome usted la lupa y examine la escritura de la carta. Los rasgos de los diferentes caracteres son irregulares, lo que prueba que han sido imitados. Probablemente la segunda carta ha servido de modelo. Vea usted: las palabras «Robert Norton» coinciden exactamente.

La joven, temblorosa, seguía las explicaciones del célebre detective.

—¡No hay duda! —exclamó con voz alterada—. Estamos en presencia de un crimen. ¡Oh, señor Holmes —dijo llorando a lágrima viva—, ayúdeme a descubrirlo! Toda mi fortuna está a su disposición.

Holmes le ofreció una copa de vino.

—¡Cálmese, señorita Edith! —dijo, tratando de infundir confianza—. Dígame usted: ¿había su prometido hecho mención en alguna carta de su fortuna?

—Sí, en su penúltima carta, fechada ya hace algunos meses. Quería transferir su fortuna a un banco de Londres para evitarse la molestia del traslado en especie.

—¿Mostró usted a alguien esa carta?

—A nadie, ni siquiera al señor Wortmann, mi tutor.

El detective tenía continuamente fijos los ojos en su interlocutora.

—Usted tendrá, seguramente, un retrato del señor Norton, ¿no es verdad? —preguntó.

—Véalo usted —dijo ella sacando una fotografía de la cartera.

—¿Es reciente? —preguntó Holmes, mientras estudiaba con atención las facciones del joven.

—Mi prometido me lo envió hace algunos meses; debe parecerse bastante. ¿Pero de qué servirá este retrato si, como usted supone, Robert ha sido víctima de un crimen?

El célebre detective sonrió con aire enigmático.

—Señorita Edith —dijo—, no es posible reconstruir los acontecimientos, porque no soy adivino, pero mucho me equivocaría si desde hoy mismo esta fotografía no hubiera de desempeñar un papel importante. Ahora una súplica más, por favor.

La joven fijó en Holmes una interrogadora mirada.

—No se ocupe por ahora de este asunto, no hable de él con nadie. Podría costarle la vida. En el caso de que se presentara Robert Norton para hacer valer sus derechos, tenga usted la bondad de avisarme todo lo rápido posible sin que él lo sepa ni que lo sospeche siquiera.

## UN CHEQUE DE VEINTE MIL LIBRAS

Edith Summerfield, tal era el nombre de la joven, según la tarjeta que había dejado, se despidió del detective, y este se dirigió rápidamente a la ventana y la siguió con la vista.

—¡Lo sospechaba! —exclamó—. ¡No tengo tiempo que perder!

Cogió un revólver, se puso su capa, se cubrió con un sombrero calabrés de anchas alas y bajó corriendo las escaleras.

Delante de él marchaba Edith Summerfield en compañía de un señor que hablaba con animación.

«Edward Street, 3 —se dijo para sí cuando las dos personas se detuvieron delante de una casa—; allí vive Edith Summerfield.»

Atravesó la calle para no toparse con el señor que acababa de despedirse de la joven; después lo siguió hasta que lo vio desaparecer en otra casa de la misma calle.